

Por un puñado de tierra

JAVIER NAVARRO

En la noche del pasado 7 de marzo un grupo de 12 campesinos camina por las selvas legendarias del Alto Paraná. Hay ira en sus rostros. Van cantando: "hay que desalambrar - El Señor hizo la tierra hermosa para todos - para usarla como hermanos - y no para la explotación - hay que desalambrar". Sus manos empuñan algunos machetes, un par de viejas escopetas de caza, algún antiguo revólver... Con paso rápido caminan la trocha y llegan hasta la carretera "General Stroessner". Allí asaltan un autobús. Roban las pertenencias de los pasajeros. Les arengan explicándoles que tienen que hacer eso porque les están robando sus tierras y no tienen con qué alimentar a sus hijos. El autobús es interceptado por un vehículo de la Comisión para la Represión del Contrabando y se cruzan tiros entre los agentes y los asaltantes. Dos agentes quedan heridos y más adelante los campesinos abandonan el autobús y se internan en la selva.

Al día siguiente se monta un gran operativo en el que participan fuerzas de la policía y del ejército, apoyadas por helicópteros y aviones, y civiles de las seccionales del partido de gobierno. Hay un tiroteo... Después nada: los heridos son torturados y rematados, sepultados en una fosa común situada en un lugar que el cerco del ejército hace inaccesible a cualquier posible investigación.

Al mismo tiempo también fuerzas del ejército cercan la colonia agrícola de donde habían partido los campesinos asaltantes, se llevan detenidos a todos los varones y mantienen incomunicadas a las mujeres y sus criaturas. Al mismo tiempo fuerzas policiales apoyadas de nuevo por civiles armados recorren la inmensa región donde los hechos han sucedido, apresando a todos los campesinos vinculados con las Ligas Agrarias Cristianas. Hay más de 40 detenidos en esta zona. Y cada detenido es un torturado y cada rancho cateado es escenario de los robos efectuados por las "fuerzas del orden". No basta esto. El "orden y la paz" de Stroessner han sido vulnerados y hay que evitar con un escarmiento que eso pueda repetirse. Los apresamientos de parientes de los sepultados en la fosa común se suceden por todo el país. El siniestro Departamento de Investigaciones de la Policía queda repleto de campesinos. En las noches, unas radios a todo volumen intentan tapar los gritos de los torturados...

Entre los detenidos muchos son pacíficos agricultores que no han tenido nada que ver con el asalto al autobús. Hay muchos catequistas y delegados de

la Palabra. Intervienen los Obispos interesándose por su suerte. Unos pocos son liberados. Los demás siguen incomunicados, no sometidos a ningún tribunal, a las "órdenes del Presidente de la República". Esta frase en el Paraguay significa que han pasado a ser presos políticos: para ellos no hay ninguna protección jurídica. Saldrán... cuando le parezca bien al Presidente... Los que salgan, porque algunos quedarán en la tortura y otros serán retenidos para escarmiento...

Los Obispos del Paraguay han publicado un escrito sobre el asunto. Condenan la violencia de los asaltantes del autobús, pero condenan también la violencia injusta y desproporcionada de la represión. Señalan, sobre todo, que a pesar de los múltiples esfuerzos hechos por la Iglesia, no se han corregido las causas que llevan a la desesperación de los campesinos.

La historia de los campesinos desesperados comenzó muchos años atrás. En los departamentos de Misiones y Cordillera, el minifundio es un azote. Las mínimas parcelas ya no pueden ser más divididas y cada vez hay más campesinos sin tierra. Claro que hay en el país un Instituto de Reforma Agraria que ha recibido grandes préstamos de organizaciones internacionales para empresas de colonización en zonas selváticas e incultas. Pero este Instituto sólo entrega parcelas como pago a la fidelidad al régimen de Stroessner: pequeñas parcelas a los campesinos del partido "colorado" y grandes extensiones a los militares y paniaguados del gobierno. También se venden cientos de hectáreas a las empresas transnacionales que han descubierto que las tierras del Alto Paraná son las mejores del mundo para el cultivo de la soya. O a cualquiera que tenga dinero, como acaba de suceder con Somoza. No hay nunca tierras para los campesinos cristianos que cometieron el delito de organizarse en las Ligas Agrarias.

En el año 1972 las zonas de Misiones y Cordillera son azotadas por una fuerte represión contra las organizaciones campesinas. Un grupo de familias campesinas que ya no tienen tierras que trabajar y que se sienten perseguidas por las fuerzas del orden, toma una decisión. Se internarán en una zona selvática casi inaccesible. Allí a fuerza de brazos, de fatiga y de sudor, lograrán algunos cultivos para subsistir. Soportan la dureza de las condiciones de la vida en la selva lejos de la civilización. Muy pronto tienen que inaugurar un pequeño cementerio para sepultar a los que van cayendo en

el trabajo de cada día. A la colonia que han fundado la bautizan con el nombre de "Nueva Esperanza". Porque esperan hacer de la selva tierra cultivable. Porque esperan que las leyes del país acaben cumpliéndose y que las tierras que ocupen les serán adjudicadas por haberlas trabajado durante años, mientras antes eran zonas incultas que pertenecían a la Nación. Con el tiempo se abren a fuerza de hacha las primeras trochas que sirven para sacar algunos productos a los mercados. Hasta lograron en el año 74 que el Instituto de Reforma Agraria reconociera documentalmente que ellos estaban ocupando y trabajando esa zona. Nueva esperanza...

Hasta que un día... Los caminos que han abierto y la avidez de tierras de la zona por parte de las transnacionales de alimentos han revalorizado aquellos terrenos. En el Instituto de Reforma Agraria se "pierde" el título de ocupación otorgado a los campesinos y una inmensa faja de tierra en la que está incluida la Colonia de Nueva Esperanza, aparece titulada como propiedad de una señora, esposa del General Ramos Giménez. Aparecen cuadrillas de obreros que cercan con alambradas, que cierran caminos. Tractores que pisan los cultivos. Ganado introducido en los conucos... Cuando hay protestas de los campesinos, aparecen pelotones militares: son soldados pertenecientes a una zona muy distinta, la que comanda el general esposo de la "dueña" del terreno, que apresan, que incendian ranchos, que destrozan los conucos. Así una y otra vez. A las protestas de los campesinos en el Instituto de Reforma Agraria, no hay más que una respuesta: "el documento que Uds. tienen no sirve, porque aquí no se encuentra el duplicado de él. Lo mejor es que abandonen esas tierras, que respeten los alambrados, así a lo mejor les conseguiremos otras donde puedan instalarse..."

La dueña ha instalado una arenera en la zona. La arena se vende bien para la construcción de la gran represa de Itaipú. El camino más corto para los camiones es atravesando los cultivos de Nueva Esperanza. Y los camiones los atraviesan. Hay un reclamo de los campesinos. Los primeros días de marzo un pelotón de soldados incendia los ranchos cercanos al camino elegido por los camiones y golpea a varias personas que intentan defender sus pertenencias. La noche 7 de ese mes, 12 campesinos a quienes les han incendiado los ranchos y aplastado los cultivos, camina por la selva cantando "hay que desalambrar..." Sólo querían un puñado de tierra.